

**Colección Creativa:
Divagaciones de la imaginación***

Lisa McCorkle
Metropolitan State University of Denver

Faculty Mentor
Dr Lunden MacDonald
Department of Modern Languages

* The author would like to thank Dr MacDonald for making this opportunity both a possibility and a reality. Appreciation is also due to the Department of Modern Languages Spanish studies faculty members for creating an environment where creativity is encouraged, as well as to the staff and reviewers of the *Rowdy Scholar* who made it possible to include this work in Spanish.

La autora desea agradecer a la Dra. MacDonald por hacer de esta oportunidad una posibilidad y una realidad. También se agradece a los miembros de la facultad de estudios españoles del Departamento de Idiomas Modernos por crear un entorno en el que se fomenta la creatividad, así como al personal y los revisores de *Rowdy Scholar* que hicieron posible incluir este trabajo en español.

ABSTRACT

This collection features three short creative writings. The first entry, “Sapos planos” (“Flat Toads”) explores the anxious memories of an adolescent that are inexorably linked to a song. On a dark night, in a subdivision that was never built, an older brother and his friend plan to teach a younger sibling how to drive by way of a gruesome game. The song “So What” by Ministry becomes the soundtrack to the youth’s foray into delinquency. The second work, “El huésped” (“The Houseguest”), is a creative continuation of the short story “El banquete” (“The Banquet”) written by Peruvian author Julio Ramón Ribeyro and published in 1958. The original story is centered on a man named Fernando who spends his fortune throwing a sumptuous party during which he asks the president of Peru to grant him several “small” favors such as naming him the ambassador to Rome. Surprisingly the president is prepared to fulfill all of Fernando’s wishes. However, during the party, some of the guests conspire to overthrow the president. The next morning, when Fernando reads the headlines about the *coup d’état*, he faints. This creative piece ponders what may have happened in the moments and days that followed. The final work is entitled “Mal lugar para los descalzos” (“A Bad Place for Bare Feet”) and follows a young girl’s experience at a boarding school during an unforgettable moment.

Sapos planos

La única luz provenía de una fogata que mi hermano y su amigo habían encendido en el centro del círculo de asfalto del callejón sin salida. Estaban haciendo lo que llamaron “ángeles de fuego”. Pusieron una sola hoja de periódico abierta encima de la fogata. El aire caliente levantó el papel muy alto a la vez que el fuego lo consumió. Fueron muy bonitos si se pudiera ignorar el peligro, lo que podíamos hacer sin ningún problema en ese entonces.

El olor del papel quemado se mezcló con el húmedo aire que todavía rechazó absorber los charcos del chaparrón de esa tarde. Los muchachos habían frecuentado el lugar desde que mi hermano recibió la licencia para conducir. Fue una zona residencial que nunca se había construido. La gente decía que el proyecto paró porque perdió a sus inversoras debido a la alta tasa de interés en el principio de la década. Había un sistema complejo de calles con curvas y callejones sin salida. No había ni una casa, tampoco faroles, ni gente con buenas intenciones. Antes de las calles, el sitio era una pastura de vacas por más de cien años, tal vez porque sufría inundaciones después de la menor cantidad de lluvia. Por esta razón, también podría ser una aventura navegando por las oscuras calles, lo cual era mi objetivo para esa noche.

Fue la primera vez que mi hermano me había ofrecido la oportunidad de manejar el carro. Traté de controlar el temblor de mi mano cuando él me dio las llaves. Ellas se sintieron incómodas, como si mi mano fuera demasiado pequeña para darle a la llave de contacto. El carro lo llamábamos el “Wonder Wag” y mi madre lo había heredado cuando aprendió a manejar unos años antes. Había sido el coche de trabajo de mi padre y el olor de sus cigarrillos persistía en el interior, como una metáfora de su mirada severa. Fue una ranchera blanca que él había reemplazado con una furgoneta, también de color blanco. Cuando se encendió el motor, el zumbado de los grillos y el

croar de los sapos dieron paso a las frenéticas notas de la guitarra eléctrica que llegaron de la canción “So What” por Ministry en la cinta de audio en la radio.

Mientras guiaba el carro fuera del callejón, mi hermano me dijo que él y su amigo iban a enseñarme a manejar a través de un juego que se llama “Sapos Planos”. Me explicó que en las noches los sapos se congregaban en las calles porque el asfalto estaba cálido. Entonces, uno anotó puntos al aplastar a la mayor cantidad de sapos con las llantas del carro en dos minutos. El plazo de tiempo fue, agregó, para fomentar la exactitud a las altas velocidades. Sentí calor por todo mi cuerpo y el olor del agua estancada en las calles vacías me sofocó. El hombre que hablaba en la canción estaba explicando cómo la delincuencia juvenil siempre está arraigada en la delincuencia adulta. Subiendo la radio, los dos muchachos se asomaron por las ventanas para oír los estallidos de los sapos. Me esperaban. Pisé el acelerador.



El huésped, una continuación de “El banquete”

Don Fernando, con su mujer abanicándolo con el periódico, fue revivido por el sonido de alguien que llamó a la puerta de la casa y se sorprendió al descubrir al ahora expresidente, bastante desaliñado, rodeado de varias bolsas, baúles y maletas. El presidente estaba seguro de que don Fernando podría soportar un huésped dado que este caballero provinciano tiró un fiestón tan lujoso y tenía un caserón totalmente renovado, particularmente si don Fernando creía que el huésped podría ser útil. Como se esperaba, don Fernando estaba aliviado cuando, mientras tomaban vasos de whiskey, el presidente le explicó que todavía estaba bien conectado y que tenía operativos trabajando en el fondo para restaurarlo al poder.

Sin embargo, después de unas semanas, don Fernando empezó a notar que los vecinos disfrutaban aún más de lo normal al reírse de él en la calle. Luego, don Fernando tuvo una pesadilla

en la que esa gente vengativa decía al presidente cómo don Fernando gastó su fortuna en la fiesta que terminó siendo una pompa de jabón que estalló inmediatamente.

Mientras tanto, don Fernando y su mujer lucharon por mantener una fachada de cómoda indiferencia, mientras intentaban recuperar una pequeña parte de su fortuna, un hecho que no pasó desapercibido para aquellos con quienes se vieron obligados a negociar. Era sólo cuestión de tiempo, se tranquilizaba regularmente don Fernando, una vez que el presidente regresara al poder, seguramente sería uno de los primeros en ser acomodado.

Una mañana don Fernando habló nerviosamente a la contraportada del periódico que estaba leyendo el presidente. -- Por tu privacidad-- y con una mirada significativa a su mujer, agregó --y a la nuestra, decidimos despedir a la chica de la limpieza-- la cual, por supuesto, nunca la hubo -- y para facilitar las cosas, decidimos cerrar algunas de las habitaciones no usadas.

Durante las siguientes semanas, tan pronto como el presidente salió de la casa cada tarde, grandes camiones aparecieron frente a la casa. Todo el barrio se deleitaba viendo cómo se liquidaron habitaciones enteras: todo el mobiliario, las alfombras, las lámparas, los cuadros, hasta la madera del piso.

El desmantelamiento del jardín se explicó de manera similar. -- Estamos eliminando algunos de los artículos fuera de temporada y menos populares. Simplemente abriendo paso para la próxima temporada, por supuesto-- dijo don Fernando, con una risa incómoda que se parecía más al sonido que haría un pollo.

Don Fernando y su mujer rara vez escuchaban al presidente moverse antes de las once de la mañana, después de lo cual se deslizaba hacia el comedor con su pijama de seda a rayas, una bata de felpilla de color granate oscuro y zapatillas a juego. Leía el periódico con indiferencia, inconscientemente tanteando con el puro apagado en los dedos izquierdos, y desayunaba con

tostadas, café, y lo que quedaba del desayuno de don Fernando y su mujer. Después de esto, el presidente usualmente se duchaba, se vestía con uno de sus elegantes trajes italianos, salía por la puerta del jardín, y giraba hacia el sur por el callejón, dejando el rastro de lavanda y musgo de roble en el aire detrás de él.

Fuera de la vista de la casa, un automóvil esperaba al presidente todos los días. El vecindario sabía que el presidente había asumido el cargo en el club de caballeros arriba de la cafetería, los cuales eran propiedad y estaban operados por una de las muchas compañías fantasmas del presidente. También era un hecho bien conocido, excepto aparentemente para don Fernando, que las recientes elecciones locales habían estado repletas de candidatos títeres como medio de filtrar miles de dólares en donaciones de campaña en la maquinaria financiera del presidente. Esta maquinaria controlaba todas las casas de apuestas locales, los préstamos ilegales de dinero y los contratos de construcción del gobierno, y el negocio iba bien.

Después de algún tiempo, don Fernando y su mujer se encontraron viviendo en los extraños restos de su casa. Las pocas habitaciones que estaban enteras se acomodaron espléndidamente, mientras que los otros espacios se congelaron en un estado que no estaba terminado ni comenzado. Mientras tanto, el presidente subsistió humildemente, sin tomar mucho, pero floreciendo, como una enredadera en un árbol muerto. Don Fernando no solo se había quedado sin cosas para vender, sino que había acumulado suficientes deudas que se vio obligado a buscar medios más ilícitos para obtener fondos, y sin medios para pagarlos, sabía que corría hacia una calle sin salida.

Un día, cuando don Fernando salió de la tienda hacia el brillante sol del mediodía, el espejismo de un auto largo y negro apareció a su lado, sus llantas aplastaron la grava y los escombros mientras frenaba hasta detenerse. El conductor rodeó al automóvil y abrió la puerta

frente a don Fernando, dirigiéndole una mirada exigente e indiferente al mismo tiempo. Don Fernando obedeció.

El coche se detuvo en un callejón y, como en un sueño, don Fernando tropezó con un montón de cajas aplastadas y pasó junto a una hilera de basureros sobrecargados que acababan de ser besados por el sol de la tarde. El pasillo estaba fresco y oscuro, con un olor que don Fernando conocía, pero no podía ubicar, como encontrarse con un compañero de trabajo fuera del trabajo, pero no reconocerlo sin su contexto normal. Subió las escaleras hacia la luz de la bombilla destapada en el techo del rellano de arriba.

El aire de la habitación en que se encontraba don Fernando era una mezcla repugnantemente dulce, de humo de puro, lavanda y musgo de roble. Cuando el olor penetró en la cabeza tambaleante de don Fernando, hizo la conexión. Apenas necesitaba que el hombre de la silla se girara para mirarlo. Sabía que encontraría a su humilde huésped, el presidente.



Mal lugar para los descalzos

Con un suspiro exagerado, me tiré en la cama con los pies en la almohada y puse las manos detrás de la cabeza. La brisa ligera que entraba por la ventana abierta casi no tenía fuerza suficiente para mover las decoraciones de papel fijados a la pared, pero me gustaba la sensación del aire pasando por los pies descalzos. Si había una cosa que me molestaba mucho de la escuela- y de hecho había varias cosas- era usar zapatos a lo largo del día, aun dentro de los edificios. Había aprendido muy pronto cuando llegué a la escuela que el terreno estaba duro, seco y desagradable para los pies descalzos. A pesar de la opresiva humedad, los pequeños caminos de tierra anaranjada estaban tan secos como la arena de los desiertos en las fotos de la enciclopedia. Además, la arena me quemaba los pies cuando no llevaba zapatos.

Pensando en cosas que me molestaban, di un vistazo a la decoración que acababa de terminar de fijar a la pared y fruncí el ceño con ira. Cada mes construíamos una decoración de papel diferente que la maestra colgaba sobre nuestros escritorios. El mes que terminó ese día era abril y habíamos construido paraguas. Estaba mirando a la mía, la cual le faltaba la última curva del pico. Si ese horrible Donnie Parkis no me hubiera hablado durante la lección, la maestra no me habría cortado el extremo del paraguas. Todas las decoraciones tenían líneas que las dividían en cinco segmentos que podían cortarse uno por uno como una forma de castigo para portarse mal en clase. Miré las otras decoraciones en la pared, retorciéndose un poco con la brisa- el barco de vela, un montón de frutas envueltos en pan o papel que la maestra le llamó un cuerno de abundancia, el bastón de menta, el muñeco de nieve- todas intactas. Miré mi paraguas y fruncí el ceño de nuevo.

Mi rabieta infantil y sin sentido llegó a un final repentino. Desde el pasillo llegaba una multitud de gritos de unas niñas que vivían en el tercer piso conmigo. Cuando llegué a la puerta de mi habitación, me sorprendió sentir agua en los dedos de los pies. El agua estaba corriendo por la puerta de una habitación en el otro lado del pasillo. Casi no podía caminar contra el flujo del agua. Me pasaron flotando unos papeles, un calcetín y un zapato. Cuando me acerqué a la puerta pude ver que la torre de agua fuera de la ventana se había roto y el agua entraba en chorros en la habitación. Las otras niñas estaban echando champú y jabón en el agua lo que había convertido el pasillo en una escena increíble. Cuando llegaron los adultos y me enviaron a mi habitación, tenía los pies rosados y arrugados y tan limpios que apenas los reconocía.